

No soy un aficionado a las telenovelas. Más bien me irritan. No por el género en sí, o por la actuación de nuestros artistas, a quienes respeto profundamente. Puedo dar fe de su profesionalismo y de su preparación porque muchos de ellos fueron, o siguen siendo, mis alumnos predilectos en las aulas de la Escuela de Comunicación Social. No tienen la culpa si se le asignan roles ridículos, o si el libreto tiene que satisfacer determinados intereses antes que la realización del actor o la proyección de un mensaje positivo. Por eso nunca las veo. Prefiero la alternativa de la miniserie, o una buena película, que por suerte todavía nos ofrece el canal del estado. De manera que si hoy escribo sobre una telenovela en particular, no es para dar juicios de valores - que mal podría dar, puesto que no la he visto - sino para satisfacer a una lectora que a través de esta columna quiere denunciar lo que ella considera un atropello al gentilicio italiano y una bofetada moral a nuestra colectividad que a su juicio, y el mío también, ha hecho muchos méritos en Venezuela para que se le maltrate tan gratuitamente.

Me cuenta mi lectora que en la última producción de Venevisión que se tituló "Mi nombre es... amor", uno de los protagonistas es un mecánico italiano, de nombre Domenico, quien se dedica a cambiar seriales de motores y carrocerías de autos robados, para luego venderlos como nuevos. No voy a ser tan ingenuo como para escribir que una situación parecida no pudiera darse en la vida real. Todos sabemos que también algunos italianos en el afán de enriquecerse subordinaron

## OPINION

### ¿POR QUÉ EL MALO DE LA TELENOVELA ES SIEMPRE UN ITALIANO?

—por Michele Castelli—

a esa ambición, la moral, el pudor y la dignidad. No es secreto para nadie el que el sentido de la aventura de algunos los ha llevado hasta extremos de la más vil prostitución. Sin embargo, lo mismo pudiera decirse del español, del portugués, del venezolano, del colombiano, del ruso, del norteamericano y de cualquier otra nacionalidad habida y por haber. Es una cuestión de sistema.

Si la sociedad no castiga al corrupto, y más bien lo premia haciéndolo aparecer en las páginas sociales brindando con el candidato a la presidencia de la República, o al lado del político de moda, el ejemplo que se le da a la juventud es nefasto. Se le hace comprender que para escalar posiciones más vale una chequera bien gorda, sin importar como se haya logrado, que conducir una vida sobria fundamentada sobre sanos principios.

En el caso de la telenovela, se sabe que la caracterización de un personaje conduce automáticamente al espectador a identificarlo con su medio, y en el caso específico que nos interesa, con toda la colectividad a la cual pertenece. Esto es precisamente lo que debemos denunciar. No podemos permitir que, una vez más, se generalice la concepción de que el único corrupto en este país es el italiano. Nuestros padres no se merecen desconsideración tan grande. Ellos llegaron pobres, se fijaron objetivos, lograron metas. Fueron los artífices de la nueva clase emergente. Se entregaron al engrandecimiento del país compartiendo con el criollo alegrías y penas, victorias y frustraciones, glorias y fracasos. De manera que ni Venevisión ni nadie tiene el derecho de manchar su memoria y de crear suspicacias en los corazones humildes que si bien se colocan con fresca ingenuidad frente a una pantalla de televisión, queda la gota del veneno que se ha querido suministrar.

Recuerdo que también en otra oportunidad La Voce d'Italia emprendió una tenaz campaña para sacar del aire, y casualmente del mismo canal, una telenovela titulada "Los Donatti", que los italianos residentes en Venezuela consideraron ofensiva e injuriosa. Ahora tenemos que hacer lo mismo. Y para lograrlo, emplear todos los recursos. Escribir centenares de cartas y telegramas. Hacer miles y miles de llamados telefónicos. Hacerle entender a Venevisión y al país que nuestros padres se merecen respeto porque ellas también, y tal vez mucho más que otros, colaboraron para sacar del atraso y de la miseria a esta gran patria de Bolívar.